

LECCIONES DE ÉTICA

A Guillermo lo llamaban Guillermo en su casa de General Fanjul en la colonia Santa Margarita, Güili en el colegio público Jacinto Verdaguer, Guille en el equipo de fútbol que se reunía cada sábado en el campo de tierra Parque Europa y su maestro le decía Roldán Obsidiana cuando requería sus servicios en la pizarra; una mañana, antes de entrar en clase, algo atrajo su atención a través del cristal de una papelería. Una mujer que vestía un escaso tanga que destacaba sus nalgas se había situado de espaldas a la cámara fotográfica, por lo que lo único que se insinuaba de su pecho también desnudo eran unos contornos de arquitectura escondida dentro del número.

Guillermo no sabía por qué, pero no podía mantener la vista apartada de la portada de la revista. Cuando quiso darse cuenta, ya eran las nueve y diez. Llegó tarde al colegio y el conserje tuvo que abrir las puertas para que él entrase. Cuando le preguntó por qué se había demorado tanto, respondió que estaba mirando una revista en una papelería y no pensó que tardaría tanto en llegar. El conserje no supo qué responder y lo acompañó a su clase. Entraron cuando su compañera Isabel Gala Urrutia garabateaba en la pizarra una oración subordinada y dibujaba árboles para analizarla sintácticamente. Toda la clase hizo pagar la intromisión de Guillermo mirándolo, por lo que se sonrojó intensamente.

El conserje se sintió también un tanto culpable: pensó que quizás hubiera sido preferible dejar al muchacho abajo y subir con él a la siguiente clase. Solo vio una forma de aliviar la presión que se aglutinaba sobre él.

— Traigo al muchacho, que dice que estaba viendo una revista en la papelería. Y que por eso llega tarde.

Un coro de risas malévolas se adueñó del aula. El profesor, con gesto divertido, intervino inmediatamente:

— Qué extraña excusa... realmente extraña, sí. ¿De verdad estabas viendo una revista? ¿Y qué clase de revista era, Roldán Obsidiana?

Guillermo se sintió desconcertado. No tanto por la pregunta como por el hecho de tener que describirla.

— Pues, verá, señor... Había una mujer.

Las risas se escuchaban sofocadas y entre ellas se insinuaba como una letanía de camarillas voceras que susurraban «Güili el raro, Güili el raro».

— Bien, continúa.

El conserje se apartó unos pasos del muchacho para corroborar su alejamiento de él. Se cruzó de brazos y lo observó socarrón.

— Una mujer de espaldas.

Las risas nerviosas arreciaron desde el rincón más recóndito de clase. El profesor estimaba los esfuerzos interpretativos de sus alumnos cuando se les situaba en un compromiso como aquel. Aunque entendía que era una terapia de shock contra la timidez de algunos niños un tanto brutal, también creía que era necesaria para su necesaria integración en la sociedad.

— Ya sabemos que era una mujer. Ahora sabemos que estaba de espaldas. ¿Por qué no nos describes con más detalle la portada de la revista? Tú puedes hacerlo mucho mejor.

— Estaba de espaldas, y tenía el culo como muy firme... y solo cubierto por unas bragas muy finas... Y se le veían las tetas un poco... pero solo un poco.

El estruendo escolar fue algo parecido a una tarde de fútbol fructífera en algún estadio. La algarabía que se montó empezó a destacar jóvenes carismáticos entre los tapados de las últimas filas que coreaban atreviéndose a todo:

— ¡Tía buena, tía buena!

U otros:

— ¡Salido!

El conserje reaccionó automáticamente, soltando su brazo sobre la cabeza de Guillermo, que se rascó la coronilla escocida y gimió. El profesor tuvo un primer acceso de cólera, pero decidió que no podía comportarse igual que el conserje. Él tenía que dar ejemplo en todo momento y era su responsabilidad ética hacerse con las mentes de los críos.

— ¡Silencio, niños!

Salvo unas risas ocasionales y alguna broma transmitida de oído a oído, el silencio fue extendiendo su sayo por la animada clase.

— Verás, Roldán, ¿qué crees que pensarían tus padres si se enteraran de que pierdes el tiempo mirando revistas en lugar de estar en clase?

— No lo sé.

— Haz un esfuerzo, Roldán; tú puedes.

El chico estaba pasando un mal momento. El profesor lo sabía, y sabía también hasta qué punto podía tensar el sedal sin que se le escapara la trucha. Cuando la presión fuese insoponible para él, cuando estuviera a punto de romper a llorar, aflojaría su presa y el avecilla estaría contenta de poder volar al pupitre.

— No lo sé.

El chico bajó la vista hasta que su barbilla se acomodó en el plexo solar y comenzó a sollozar. Era el momento:

— Que esto te sirva de lección, Guillermo. No puedes perder tu tiempo de esta manera. Ninguno de nosotros puede. Por esta vez no se enterarán en tu casa, pero si vuelve a repetirse me veré obligado a llamar a tus padres. ¿Queda claro?

El chico asintió, sin atreverse a levantar la cara del suelo.

— Ocupa tu asiento.

El conserje se retiró, un tanto decepcionado porque no se había consumado un castigo ejemplar. El profesor, sin embargo, parecía satisfecho. Todos repasaban sus frases en silencio y a nadie se le ocurría seguir bromeando con la dichosa revista. Advirtió que Guillermo lo miraba y él fingió no verle, aunque lo estudió con el rabillo del ojo y le pareció advertir una mirada agradecida por no trascender el asunto hasta su casa. Se arrellanó en su silla y extendió las piernas cómodamente bajo el espacio libre que le dejaba el cajón. Algo parecido a una sensación de plenitud y conocimiento vital se dibujaba en su semblante. Cuando acabaron las clases el profesor se demoró simulando que guardaba unos periódicos en su maleta de cuero y salió diez minutos más tarde que los niños. Escribió en la pizarra un recordatorio del examen de lengua que tendría lugar una semana más tarde.

Miró a izquierda y derecha del pasillo subrepticamente antes de salir de la clase. No había nadie cuando salió en los pasillos o en la sala de estudios. Escuchó su nombre a lo lejos y supo que Marta, la directora, quería comentarle algo, pero se hizo el desentendido y se dirigió con premura hacia su coche.

Allí dentro dejó los libros y la cartera en el asiento de atrás y respiró profundamente, con bocanadas frenéticas que sorbieron el escaso aire que circulaba dentro de su auto. Atinó a la tercera ocasión con las llaves en la ranura de arranque y casi se golpeó con la valla de contención de la entrada del colegio; en cuanto llegó al primer semáforo en rojo entrecerró los ojos y respiró pausada, feblemente hasta que se serenó lo suficiente como para mover de nuevo el coche hacia el siguiente semáforo. En lugar de ir directamente a casa, aparcó el coche en una zona azul sin preocuparse de dejar el tiquete correspondiente. Cogió su cartera, sus libros, y observó la zona desconocida en la que había aparcado. «Guareña», se dijo.

Oteó las aceras y vio un bar escondido entre comercios y con las vidrieras limpias y relucientes al lado de una zapatería de lujo. Pensó que no podía estar muy mal si estaba al lado de esa zapatería. Situó los libros un tanto artificiosamente en su mano izquierda y sacó los periódicos del interior de la cartera de cuero. Se colgó la cartera, cruzándola sobre el hombro derecho y agarró los periódicos con la mano derecha. Entró en el bar andando muy erguido y meciendo los libros y los periódicos con garbo, de manera que con el balanceo natural de las extremidades eran lo

primero y lo último que se veía de él al entrar en el local.

Dos individuos hablaban a voz en grito, y el camarero les prestaba mucha atención; tanta, que el profesor hubo de esperar cerca de tres minutos para que le preguntaran qué quería. Vio que los hombres bebían una cerveza y él pidió una igual. El camarero ni siquiera lo miraba mientras servía. El profesor situó los libros con las portadas hacia arriba, estratégicamente situados como una baraja abierta de cartas. A su derecha situó los periódicos.

Los hombres seguían discutiendo, aunque el calor de la discusión iba disminuyendo poco a poco, debido sin duda a que se había prolongado durante horas y la ronquera de las voces lo sugería así.

El profesor aguzó el oído, mientras secaba el mostrador donde le acababan de servir la cerveza.

— Es lo que yo te digo: toda la puta vida trabajando y ¿para qué? Vienen estos y les dan un piso, mientras tú tienes que pagar la hipoteca toda tu vida...

— Ahí estoy contigo. Digo que... ¿para qué sirve ser español? Cotizas, cotizas y cotizas... Y luego ninguna ventaja.

El profesor sonrió maquiavélicamente, intentando que su gesto fuera advertido para poder introducirse en la conversación. Uno de ellos pareció posar la vista en él durante un momento, demasiado breve como para considerarlo una invitación al diálogo. Aun así dijo en voz alta y casi estentórea:

— Invite a una ronda a los caballeros.

Ahora sí lo miraron tanto los hombres como el camarero. Uno de los hombres levantó la copa de cerveza, en señal de agradecimiento, pero volvió inmediatamente la vista a su compañero. El camarero se acercó a él y le puso una tapa de croquetas recalentadas en el microondas.

— Todo está lleno de extranjeros: Lavapiés, hasta arriba de extranjeros. Latina, lleno de extranjeros. ¡Hasta el barrio de Salamanca se ha llenado de extranjeros!

Eso es porque viven muchos en el mismo piso y se permiten pagar cualquier alquiler.

El hombre que los había invitado sonrió abiertamente esta vez, dejando ver sus dientes con una mueca tan forzada que le resultó desagradable incluso a él mismo. Como nadie le dijera nada, se invitó él solo.

— Disculpen, no he podido evitar escuchar la conversación.

El camarero observó con atención al sujeto que se había inmiscuido en una conversación ajena y sintió una especie de rechazo hacia su atuendo, sus movimientos circulares de cabeza, como dando a entender muchas cosas que no había explicado aún, y sus libros situados a la vista de todos.

— No estoy de acuerdo con lo que dicen.

Comenzó a hablar situando la mano izquierda sobre la tapa de uno de los libros, esto lo advirtió el camarero y acentuó su desagrado hacia el profesor.

— En primer lugar, no a todos los extranjeros les dan un piso cuando vienen a España. De hecho las estadísticas son muy tozudas y dicen que solo un extranjero recibe un piso de protección oficial por cada quince españoles. Además, si están cotizando a la seguridad social es muy egoísta...

Uno de ellos golpeó quedamente con el codo al otro, que apuntaba una sonrisa despectiva.

— ¿Qué dice usted? ¿De dónde saca eso? —inquirió el camarero, con el tono más despectivo que pudo dar a sus palabras—. Todo el mundo sabe que los gastos sociales se los gastan en el gasto de los extranjeros, ahí se gasta el gasto.

El profesor se sintió inquieto por la interrupción del camarero, que lo miraba ora a él ora a los libros sobre los que había situado la mano izquierda. Se ruborizó, y buscó un argumento enjundioso con el que satirizar la ignorante declaración de prejuicios del camarero. Sin embargo, antes de que hablara, el que golpeaba a su compañero con el codo intervino mirando al tendido, como si no hablara con nadie más que con un auditorio escondido:

— Ahora vendrán con los derechos son para todos y patatín y patatán. Aquí, el problema, es que la delincuencia se dispara y no se le puede hacer frente. ¿Por qué? Porque el dinero para los policías se gasta en pisos para extranjeros.

El profesor carraspeó: no daba crédito a lo que estaba oyendo. Preparó su argumento con determinación intelectual, pero justo cuando empezaba a hablar una voz ronca y sórdida, más potente, fagocitó su propia voz.

— ¡Ahí es donde les duele, ahí! Todo este país está lleno de pisaverdes. Pisaverdes en la política, pisaverdes en la enseñanza, tipos que se creen librepensadores... ¡Lo único que son es pisaverdes!

Esta última declaración provocó las risas desatadas del camarero y su compañero. El profesor sintió una extraña debilidad en las rodillas y hubo de aferrarse al mostrador mientras el corazón emprendía un solo de batería y la sangre regaba a discreción su rostro. Fingió que también sonreía, aunque movió su mano derecha con el dedo extendido, negando lo que escuchaba.

— ¿Eh, o no eh? —buscó coincidencia con su exposición el hombre de la voz de trueno.

— ¡Toma que si eh! —sentenció el camarero.

Y nuevamente comenzaron las risas. Se hacía tarde. Afuera oscurecía y la noche incipiente bañaba de sombras emergentes las aceras y fachadas de los comercios. El profesor, sin embargo, no creía que fuera el momento oportuno de retirarse.

— Eso no tiene base lógica donde sustentarse —dijo, mientras unas espesas gotas de sudor

perlaban su frente—. Y ahora les explico por qué —intentó no fijarse en las muecas burlonas que el camarero hacía cuando suponía que el profesor no se estaba enterando, pero se descen-
tró por completo cuando vio que este fruncía los labios como un pez que boqueaba fuera del
agua—. Esto es que... es porque...

— ¡Vamos, hombre cultivado! ¿Se dice así? ¡Que no tenemos toda la noche!

Nuevamente empezaron las risas y el camarero espurreó su saliva sobre la encimera del mos-
trador, salpicando los libros. El rubor le impedía mirar a los ojos de los tres hombres que iban
controlando sus risas paulatinamente y su cabeza sentía una innata atracción magnética por las
baldosas del suelo. Uno de ellos dijo:

— Vamos, hombre, que no es el fin del mundo. ¡Nadie va a llamar a su mujer para contárse-
lo!

— ¡Ni a sus padres!

Las carcajadas atrajeron incluso a gente de la calle que entraba para saber por qué había tanta
animación. Hurgó en sus bolsillos con furia, intentando sacar algo con lo que pagar. Cuando lo
consiguió, el camarero sonrió con magnanimidad:

— Con esto no cubre la invitación de sus amigos.

— Es cierto... lo había olvidado... Tenga, tenga.

El camarero agradeció la propina. El profesor recogió sus libros y sus periódicos; se colgó la
cartera antes que el abrigo y se lo puso encima para evitar pasar más tiempo allí dentro. Salió
a la calle, andando a grandes zancadas y sorbiendo frenéticamente por las fosas nasales. Sentía
cómo los poros de su piel abrían millones de esperanzadas bocas.

No encontraba el coche y los libros cayeron de su mano. Miró con recelo hacia la calle donde
había entrado en aquel bar, como temiendo que lo siguieran.

Cuando consiguió encontrar el coche, un señor vestido de azul con un sobretodo fosfores-
cente a modo de chubasquero había dejado un papel en su parabrisas y lo miraba intensamente,
casi con dulzura.

— Es una multa —confirmó sonriente.